

p. 28

aa 1975

1913

Doctor Joaquín V. Luco, Premio Nacional de Ciencias 1975

Chile necesita hoy mucha generosidad

Sencillo, vivaz, ocurren- te, irradia simpatía y felicidad de vivir. Todo en él es pintoresco. Los científicos de película se pondrían pálidos si vieran aparecer en escena a este chileno genial. A simple vista, puede parecer un típico señor maduro de aquellos que mastican su nostalgia en las plazas del país. Viste de azul marino, navega en sus recuerdos. La diferencia está en su talento para recrear, en lo profundo de sus conceptos, en su humor punzante y en su espíritu optimista. La pinta de hombre gris tradicional no encaja para nada con su figura de Quijote siglo XX, o tal vez XXI. Humita de tonos elegantes que adorna el cuello de su camisa, eternamente blanca, el humo de su pipa se pierde en el último pliegue de la característica boina negra que corona su cabeza.

Joaquín V. Luco ("destaque así mi identidad porque es lo tradicional en la comunidad científica internacional. En realidad la V. es de Valenzuela, pero olvide eso) obtuvo el Premio Nacional de Ciencias en 1973 y se lo dieron en 1975, según confidenció. Casado ("Tuve que casarme") tiene 4 hijos. ¿La edad? "Hum... Se me olvidó, creo que nací un 18 de julio y como dice el huaso, ando en los 75 años y el 18 de julio comenzaré a andar los 76 años. Nací en una camita, en la pieza de atrás de mi casa. La Juana María fue la matrona. Antes nadie nacía en las maternidades. Soy santiaguino".

Dice tener muchos datos sobre la historia de las universidades en Chile. "En 1530 en Carahue hubo el primer intento por crearla. Se lo pidieron a Felipe II de España. Se armó un revoltijo de matracas y los indígenas quemaron todo. Chile fue el país que demoró más en habilitar la universidad. En 1550 México y Perú ya tenían todo listo. En Chile eso sucedió a fines del siglo 18. La Universidad de San Felipe fue la primera. Comenzó a funcionar mucho después de ponerse todos de acuerdo".

ACTUAR CON GENEROSIDAD

—Parece ser que precisamente lo que está faltando en Chile es que nos pongamos de acuerdo. Me refiero a las elecciones que vienen. ¿Que opina usted?

—¿Qué veo yo? A

El pueblo chileno demostró el 5 de octubre que es muy civilizado y ahora corresponde a los líderes nacionales de todos los sectores, probar que son dignos de su pueblo.

muchos candidatos a un sillón donde no podrán sentarse todos. Es como la silla musical. Se pone la música y el que logra un espacio se sienta. Pero en un país no se puede jugar a la silla musical. A los políticos se les exige generosidad. Debemos ser todos generosos. Esa es la esencia, no ser la primera persona del conjunto. Alguien, lógicamente, tiene que ser el Presidente y tal persona debe ser el mejor. Pero la actitud general debe ser de comprensión.

Ya ganó Chile con una elección en octubre. Me pareció apreciar parte de ese espíritu generoso en la respuesta increíble, correcta y civilizada del pueblo chileno. Ese es el concepto. Fue increíblemente civilizada tal conducta. Con eso abrimos las ventanas y el mundo nos abrió la puerta, aguardando lo que viene. Me tocó votar y hacer fila. Algunas monjas fueron a votar allí y se pusieron a la cola. Todos se formaron en la fila. Espero que más adelante la actitud civil de los chilenos sea la misma.

—¿Seguramente ya tiene su candidato?

—No tengo candidato. Voy a votar por el mejor.

—¿Quién es el mejor?

—Es un hombre de mucho valer, de mucho empuje. Es una persona correcta, honesta. Tiene condiciones para manejar la situación futura. Tiene el adiestramiento suficiente. En la gran lista hay varios de ellos, cuyas condiciones los hacen ser mejores o peores candidatos. Pero yo todavía no lo conozco bien...

—Dicen que Büchi es el hombre...

—Los datos internacionales y los extranjeros señalan que la economía se ha manejado bien. Es un excelente técnico. Pero como le dije aún no decido a mi candidato.

—El doctor Monckeberg está ligado a su campo, el de la investigación...

—Vamos a seguir... Monckeberg es un hombre de mucho valer y

empuje. No sé si tiene el adiestramiento. Uno supone que puede ser un buen postulante.

—¿Piensa que la Constitución de 1980 debe ser modificada?

—No conozco bien la Carta Fundamental. No soy jurista. Hay que estar preparado para juzgarla.

—Muchos piden que se modifique el Artículo Octavo...

—Soy partidario de la libertad, pero no del desorden, pero creo que ni los civiles, uniformados o religiosos, tienen derecho a influir en el ser mismo de la persona. Tratar de modificar la personalidad es atropellar al hombre.

EL SER DE LA UNIVERSIDAD

—Nos contaron que usted fue un alumno brillante en la universidad...

—Nunca tanto. Me recibí de médico. Nunca ejercí. Me dieron el título y salió volando. Antes, cuando estudiaba, me dediqué a la fisiología y a la enseñanza del sistema nervioso. Jamás tuve un paciente. Para que no me fregarán le decía a la gente que quería consultarme que yo había estudiado para veterinario. A ningún ser humano le gusta sentirse paciente de uno de estos caballeros ¿No?

—¿La investigación en Chile no debe servir para hacerse rico?

—Me costó mucho la vida. Me dediqué full time a la universidad en investigación y enseñanza.

Pero, volvamos al nacimiento de la universidad en Latinoamérica. Nació con gran dificultad. Lloró al nacer porque fue prematura. Hoy llora Latinoamérica, porque todavía es prematura. La escuela comienza a existir, se eligen los profesores. Uno había sido catedrático en otra Universidad. Un dictador lo expulsó, porque era apenas un profesor universitario; y el dictador era, apenas un dictador. A pesar de la buena voluntad de los organiza-

Por
Juan Alcapio
Valenzuela

dores y de un criterio amplio, y de equivocada liberalidad universitaria, no fue posible encontrar en ese país profesores para todas las disciplinas.

En un comienzo, fue necesario contratar profesores extranjeros. En aquella época sólo venían desde Europa, igual que las cigüeñas. Norteamérica todavía no despertaba intereses intelectuales en nuestro continente. De Latinoamérica era imposible. Nos teníamos tremenda desconfianza; creíamos que todos éramos iguales, y nos sabíamos inmaduros.

Uno de los profesores contratados tuvo su primera experiencia latinoamericana antes de salir de Europa. El Cónsul latinoamericano le dice: "Señor, usted se va a morir de hambre como fisiólogo, allá no se dan los hombres de ciencia, porque el clima no es apropiado, porque hace frío o hace calor, porque tiembla o porque llueve; no sé bien; pero nunca se han dado y nunca se van a dar. Pero vaya usted señor, que el país es lindo, es lindo y usted pronto será dueño de una hacienda, con bosques de pino y será rico".

Este era el funcionario oficial...

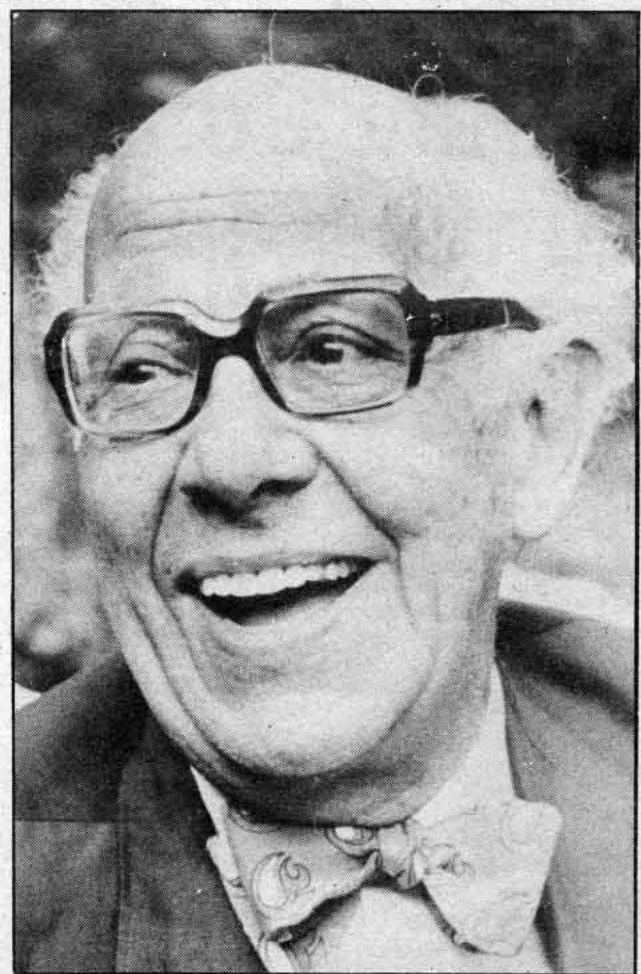
El profesor en referencia no explotó la tierra, cultivó inteligencias de estudiantes universitarios y ahora es rico en obra y pasado.

En cambio, junto a él llegó otro profesor, también de la vieja Europa; no es rico como el anterior, es sólo poderoso económicamente; es dueño de un gran bosque de pinos.

La tradición cuenta que una autoridad universitaria tratando de dar cabida a nuevos laboratorios en el estrecho y vetusto edificio adaptado para la Escuela, al ver un espacio no ocupado, debajo de una escalera, exclama: "Ahí puede instalarse el Laboratorio de Bacteriología; el lugar es pequeño, pero las bacterias son tan pequeñas...!"

—¿Qué nos puede decir de la importancia de la investigación científica?

—Recuerdo a un profesor con 25 años de docen-



"Soy partidario de la libertad, pero no del desorden..."

cia que comentaba... "Se me decía que era una locura encerrarse en un laboratorio para 'hacer bailar patas de ranas', que era buscar un sacrificio estéril, que no habría medios ni recursos para trabajar bien, que nadie iría a nuestros laboratorios, que nuestros trabajos no serían apreciados. Pero los que tuvimos fe, los que tuvimos visión certera, no los críticos pesimistas, como siempre, los idealistas acertaron, los prácticos erraron"... La actitud de ese hombre, y de otros que tuvieron fe, hizo pensar a muchos de los pesimistas que la América de habla ibérica podía elevarse a un valor más universal. Los escépticos necesitaron de un evento sucedido en nuestras propias condiciones, con nuestra propia idiosincrasia, para creer un poco más en nuestras posibilidades.

que se observó durante muchos años. A comienzos de siglo, algunos de los profesores de las Facultades de Medicina habían estudiado por algún tiempo en Europa. Lo habían hecho cuando ya tenían, la mayoría de ellos, una cabellera un tanto blanca. Volvían seguramente con nuevos y mejores conocimientos y una nueva experiencia. Al llegar al país de origen la prensa los anunciaba con letras sobresalientes "ya regresó" y con esto un consagrado barniz de cultura recubría la personalidad del académico. Traían una gran idea, la reforma del sistema de enseñanza; la iban a poner en práctica de inmediato; pero frecuentemente ello nunca se cumplía. La tradición y la rutina de retaguardia lo impedían. Y así las instituciones prácticamente continúan sin cambios de importancia, a pesar del viaje al extranjero de muchos de sus profesores.

Muchas veces médicos burócratas o políticos, coleccionistas de estadísticas de cantidad inician una campaña para cambiar la enseñanza en las Escuelas de Medicina u otras, y poder producir la cantidad de médicos o profesionales que el país requiere. Pero aparentemente sin percibir el peligro que significa la degradación en la calidad de los egresados, Parecen aceptar que donde se enseña a pocos se puede enseñar a muchos, sin haber preparado previamente al personal docente necesario, sin afrontar valientemente el aspecto económico que esto implica. A ellos se asocian dirigentes y profesores universitarios que no entienden de universidad.

Al partir las universidades, tal vez aún sea así, éste era el ambiente y éstas eran las circunstancias en las cuales uno de cada tres o cinco profesores contratados por la universidad dio los frutos que se esperaban de cada uno de ellos. Parece una proporción baja; pero quizá no es inferior a la experimentada en toda Latinoamérica. Este profesor tenía alma de maestro. En corto tiempo engendró en la inteligencia de jóvenes universitarios aquel amor por la ciencia y la investigación dentro de la universidad. Su huella todavía persiste y nadie duda que el impulso inicial que llevó a su Facultad a tomar el espíritu de progreso, fue en parte la obra de ese profesor en el ambiente difícil para la investigación